

nstarle á sancionar el decreto. Luis XVI aplazó largo tiempo la contestacion, y su intencion era ganar tiempo para evitarla; pero las reiteradas instancias del comité eclesiástico, y la malevolencia que con este retraso provocaba contra los ministros de la Religion, decidieron por último al monarca á dar su sancion en 26 de diciembre.

La carta con que aquel desgraciado monarca daba parte de semejante determinacion á la asamblea, fué recibida por los diputados de la izquierda con grandes demostraciones de alborozo. El salon resonó con gritos de *viva el rey!* que acreditaban menos el respeto y amor que le profesaban, que la satisfaccion que causaba al partido el nuevo triunfo que acababa de conseguir sobre la autoridad Real. Mirabeau ocupó la tribuna, é intimó á los eclesiásticos de la oposicion, en nombre de una Religion toda de paz y obediencia, no lanzaran las teas de la discordia entre los hijos de una misma patria, en el momento en que iban á tocar la felicidad. Se llamó nominalmente á todos los diputados eclesiásticos, y se pasó un cuarto de hora sin que ninguno de ellos respondiese á la proposicion de jurar sumision á la constitucion civil. El abate Gregoire y Lecamus declamaron largamente contra la Iglesia romana, contra los desórdenes del clero, contra la potestad concedida al Papa, y contra la obstinacion de los que rehusaban separarse de la autoridad pontificia. En tanto que estos oradores insultaron al valor y fidelidad de los sacerdotes de la oposicion, se oyeron sus discursos con la mayor benevolencia; mas cuando el abate Maury quiso tomar la defensa de aquellos á quienes se atacaba, su voz quedó sofocada por los gritos y el tumulto de la asamblea y de las tribunas. «*Herid, pero escuchad,*» gritó el abate de Maury, aprovechando un momento de calma; pero la asamblea se mostró insensible á esta feliz ocurrencia, y el presidente, levantándose, declaró terminada la discusion.

Los eclesiásticos que ocupaban los bancos de la izquierda, no habian esperado la carta del rey para jurar obediencia á la constitucion civil del clero. Desde el 27 de diciembre de 1790 se habian apresurado á prestar el juramento de fidelidad. Gregoire subió á la tribuna y prestó el nuevo juramento, asi como otros sesenta colegas suyos. Al mismo tiempo pronunció un discurso, cuyo objeto era probar la legitimidad de este proceder, é indicar á los obispos la conducta que debian seguir. Treinta y seis eclesiásticos se unieron despues á él; y dos prelados, el obispo de Autun y el de Lydda, sufragáneo de Basilea por la parte francesa de la diócesis, cumplieron con los decretos.

En 4 de enero de 1791, dia señalado como último término para el juramento de los eclesiásticos funcionarios públicos y diputados de la asamblea, se empezó á pasar lista de todos los demas individuos del clero. De Bonnac, obispo de Agen, fué el primero que subió á la tribuna y rehusó prestar el juramento. Uno de sus párrocos, el abate Fournetz, tuvo á gloria imitar su ejemplo. El abate Lelclerc, párroco de la diócesis de Séez, y M. de Sainte-Aulaire, obispo de Poitiers, que fueron llamados despues, manifestaron no poder condescender con lo que de ellos se exigia. Como cada uno justificaba su opinion con algunas palabras llenas de valor y oportunidad, la mayoría se cansó de esta especie de profesiones públicas. Suscitóse un gran tumulto: las tribunas de los espectadores y hasta la parte exterior del salon se llenaron de agitacion, y en las mismas puertas de la asamblea resonaron amenazas y gritos de personas que sin duda estaban allí apostadas para intimidar á los eclesiásticos. Estos medios, empleados mas de una vez durante el curso de la revolucion, no produjeron en aquella ocasion ningun resultado. Habiendo decretado la asamblea que los individuos interpelados respondiesen *si ó no*, sin añadir mas palabra, todos

os obispos y sacerdotes de la derecha se negaron formalmente á hacerlo. De los mismos que anteriormente habian jurado, hubo mas de veinte y cinco que le retractaron luego, bien en la tribuna, ó bien por medio de cartas dirigidas al presidente, cuando no pudieron de otro modo. Por manera que en una asamblea en que habia cuarenta y siete obispos, treinta y cinco abades ó canónigos, y doscientos veinte y ocho párrocos, solo unos setenta eclesiásticos se sometieron á la constitucion civil del clero (1).

El domingo siguiente, 9 de enero, era el dia señalado para el juramento del clero de las parroquias de Paris. Veinte y nueve párrocos, entre ellos el de San Sulpicio y el de San Roque, al frente de mas cien individuos de sus cabildos se negaron á hacerlo, y mas de seiscientos eclesiásticos, de los ochocientos empleados en el ministerio espiritual de aquella populosa ciudad, se manifestaron irrevocablemente adheridos á sus deberes.

Los obispos diseminados en las provincias imitaron el ejemplo de sus colegas reunidos en Paris, y de treinta y cinco obispos franceses solo hubo cuatro que se alistaron bajo las banderas de la nueva constitucion, y estos fueron el cardenal de Brienne, y los obispos de Viviers, de Orleans y de Autun.

Brienne, elevado á la dignidad de primer ministro, despues de la caida de Calonne, habia sido reemplazado por Necker, recibiendo el capelo de cardenal como una indemnizacion por la pérdida de la cartera, y pasando de la Sede metropolitana de Tolosa de Francia á la de Sens. Entregado á la influencia de los filósofos, no solamente se decidió segun sus péfidos consejos, á prestar el juramento que sus colegas habian rehusado, sino que llevó su estremada falta de pudor, hasta el

punto de escribir al Papa como desafiando su autoridad (1). El Santo Padre le respondió por medio de un breve del 23 de febrero de 1791, lleno de dulzura al par que de justa severidad. Sin duda se prometia conseguir poco el Papa sobre el ánimo de Brienne con aquella carta. La tendencia que el prelado habia manifestado desde mucho tiempo atrás al partido filosófico no permitia creer que tuviera el valor necesario en aquellas circunstancias para someter su orgullo á la obediencia del Soberano Pontífice, doliéndose de su pasada conducta y del juramento que habia ya dado. Mas el Santo Padre al escribir á uno de sus hijos extraviados, daba consejos saludables á todos los que hubiesen imitado sus desórdenes, les avisaba del peligro á que podian haber sido conducidos por ignorancia, é ilustraba á toda la Iglesia. Brienne contestó desvolviendo el capelo de cardenal que con tanto afan habia solicitado algun tiempo antes; fué declarado depuesto de su dignidad por el Romano Pontífice, y siguió el torrente de la revolucion.

Los obispos de Orleans y de Autun, desgraciadamente comprometidos en una carrera para la cual no tenian vocacion, renunciaron á su estado, aceptaron empleos civiles, y hasta llegaron á contraer matrimonio. Queriendo sin duda Mr. de Sabines, obispo de Viviers, corregir el defecto de su primer nombramiento, presentó su dimision al dar su juramento; fué nuevamente elegido, y se distinguió en lo sucesivo por la mas estravagante conducta, la que sin embargo procuró borrar posteriormente con sus lágrimas. La mayor y mas sana parte del clero de segundo orden se negó á prestar el juramento.

Así que se sabia que algun titular fiel, algun obispo ó párroco, rehusaba jurar, se

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, p. 159-161.

(1) Hist. abreviada de la const. civil del clero de Francia, p. 61.

procedía al nombramiento de otro que ocupase su puesto. Las elecciones en todos los departamentos se resentían del espíritu de la época y de la composición de las asambleas (1). Sacerdotes de quienes la opinión pública había hecho ya justicia, frailes fogosos en violar su regla, hombres cuyo único mérito consistía en haber abrazado apasionadamente el partido de la revolución, y predicadores que hacían alarde de destempleado patriotismo; eran los que obtenían el voto de las asambleas. Natural era que en aquella súbita creación de tantos obispos, no quedasen olvidados los párrocos que en la asamblea nacional habían dado ejemplo de defección: después de haber contribuido á despojar á los verdaderos obispos, eran acreedores á participar de su herencia. Vióse, pues, como á unos veinte de estos, por premio de su desinterés y patriotismo, suceder á los que ellos habían hecho espulsar de sus Sedes, sentándose en ellas sin autorización, viviendo sus legítimos propietarios, y sin haber estos sido destituidos. Hubo muchos departamentos, en que por un abuso contra el cual el mismo Camus no pudo menos de indignarse, se nombraron para las Sillas episcopales hombres que eran totalmente desconocidos en el país.

Mas no bastaba conseguir ser elegido por las asambleas: era preciso encontrar prelados que quisiesen prestarse á dar la consagración episcopal.

Habiendo muerto el obispo de Quimper en setiembre de 1790, fué elegido, según las nuevas formas, para reemplazarle, el abate Expilly, párroco de Morlaix, diputado de la asamblea é individuo del comité eclesiástico, que de este modo fué el primero en recoger el premio de su celo. Para obtener la consagración dirigióse Expilly en 11 de enero de 1791 á Mr. de Girac, obispo de Rennes, ciu-

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, p. 170-171.

dad que en la nueva circunscripción era la metrópoli de Quimper. Este prelado le respondió con una declaración, en la que le mostraba la nulidad de su elección, y rehusaba prestarse á la consagración. Desairado Expilly por esta parte, recurrió al obispo de Autun, que no podía tener ningún derecho para consagrar ni confirmar al obispo de una metrópoli tan distante de la suya. Sin embargo, sin solicitar permiso del ordinario, sin comisión del Papa, sin el juramento ordinario á la Santa Sede, sin examen, sin profesión de fé, á pesar de las irregularidades de las dos elecciones, aunque por una parte el cabildo de Quimper protestaba, y por la otra el obispo de Soissons vivía y reclamaba, el obispo de Autun consagró en 25 de enero á los párrocos Expilly y Marolles como obispos de Finisterre y de Aisne; pues, según la nueva constitución, los obispos debían ser denominados no por la ciudad donde estaban establecidos, sino por el nombre del departamento que constituía su diócesis. Esta denominación era mucho mas conforme á los principios de igualdad y á la destrucción de toda preeminencia. Así es que se decía el obispo del departamento de la Mancha, de las Landas, de las Bocas del Ródano, de Puy-de-Dome, del Jura, del Allier..., de modo que estos prelados parecían no tenían mas jurisdicción que sobre ríos y montañas. El obispo de Autun fué asistido en esta ceremonia de la consagración por otros dos prelados, Gobel, obispo de Lydda, y Miroudot, de Babilonia. Mas si el obispo de Autun, que presentó su dimisión poco mas ó menos en esta época para no ocuparse mas que de asuntos políticos, pudo comunicar á los electos el carácter episcopal, no podía darles la confirmación, ni la institución canónica ni, conferirles en sus departamentos una jurisdicción de que él mismo carecía (1). La antigua disciplina,

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, p. 172-173.

invocada por los mismos defensores de la constitución del clero, atribuía el derecho de confirmación á los metropolitanos ó á los concilios provinciales. Ni unos ni otros confirmaron á los nuevos obispos; luego estos carecieron de la competente autorización. En vano, para salir del paso, discurrieron decir que en el mero hecho de estar ordenados se hallaban investidos de todos los poderes. Esta pretensión, inventada por la necesidad, fué refutada.

La consagración se verificó en la iglesia del Oratorio en París, habiendo tenido buen cuidado de no dar cuenta á la comunidad de lo que iba á suceder, hasta el día antes de verificarse la ceremonia. La primera idea de la comunidad fué la de oponerse por una protesta pública á este acto, que iba á ser el origen de un deplorable cisma; y hasta llegó el caso de que un abogado, antiguo individuo del Oratorio, redactó la fórmula de la protesta; sin embargo, atendiendo á que para nada hubiera servido, mas que para atraer una inevitable persecución sobre los que la firmaran, y para que hubiesen mandado cerrar la única iglesia que en París permanecía aun abierta á la piedad de los fieles unidos en comunión con sus legítimos pastores, se creyó conveniente desistir de la protesta. Tomó, pues, la comunidad el partido de enviar diputados á los vicarios generales, encargados de la administración de la diócesis por ausencia del arzobispo, para manifestarles la triste situación en que se hallaba, y el dolor que oprimía á la comunidad al ver que su iglesia iba á ser la cuna del cisma, y suplicarles al mismo tiempo pudiesen en conocimiento del prelado la conducta que la comunidad había tenido que observar en tan críticas circunstancias. Este paso, aceptado favorablemente por los administradores de la diócesis, fué puesto inmediatamente en conocimiento de Mr. De Juigné que se hallaba ausente en el extranjero. Habiendo sido rodeado al día siguiente el convento

de San Honorato por la tropa del general La-Fayette, temiendo todos los individuos de la comunidad que se hiciera con ellos alguna estorsión para obligarles á asistir á la escandalosa escena que iba á verificarse en su iglesia, abandonaron la casa, se retiraron á la de la Institución, y no regresaron á su casa hasta la noche después de haberse consumado ya aquella afictiva ceremonia. Por esto se ve que este hecho, del cual, despojándolo de sus circunstancias, se ha abusado para desacreditar á una corporación, que desgraciadamente ha autorizado muchas de las preveniciones con que fué mirada, debe por el contrario ser considerado como una prueba de la adhesión que la mayor parte de sus miembros manifestaron á los principios consagrados por la conducta del clero de Francia en aquella época (1).

Entretanto, todos los obispados departamentales fueron provistos desde el mes de febrero al de junio, y los electos se iban mutuamente consagrandose unos á otros (2). El obispo

(1) Tabaraud, *Historia del P. de Berulle*, p. 313, 314.

(2) La siguiente lista dará á conocer la denominación de las nuevas sillas y el nombre de los eclesiásticos que las ocuparon.

METRÓPOLI DE LAS COSTAS DE LA MANCHA.

Sena inferior, en Rouen, Luis Charrier de la Roche, preboste de Ainaí, en Lyon. *Calvados*, en Bayeux, Claudio Fauchet, predicador. *Mancha*, en Coutances, Francisco Becherel, párroco de Saint-Loup. *Orne*, en Seez, J. A. S. Lefessier, párroco de Berús. *Eure*, en Evreux, R. T. Lindet, párroco de Bernay. *Oise*, en Beauvais, J. B. Massieu, párroco de Sergy. *Somme*, en Amiens, E. M. Desbois de Rochefort, párroco de San Andrés des Arts, en París. *Pas-de-Calais*, en Saint-Omer, P. J. Porion, párroco de Arras.

METRÓPOLI DEL NORDESTE.

Marne, en Reims, Nicolás Diot, párroco de Vanderesse. *Meuse*, en Verdun, J. B. Aubry, párroco de Besle. *Mourthe*, en Nancy, Lucas Francisco Lalande, clérigo del Oratorio. *Moselle*, en Metz, Nicolás Francin, párroco de Freimacher. *Ardenas*, en Sedam, Nicolás Philberto, Lazarista, párroco de Sedam. *Aisne*, en Soissons, C. E. F. Marolles, párroco de San Quintin. *Nord*, en Cambrai, C. F. M. Primat, del Oratorio, párroco en Douai.

de Lydda, en premio de su complacencia, pudo optar á tres departamentos y se decidió por el de Paris. Parece que su conducta en

esta ocasion debe atribuirse á miedo ó á debilidad. Al principio prestó su juramento con algunas restricciones; pero le intimidaron y se

METRÓPOLI DEL ESTE.

Doubs, en Besanzon, P. C. F. Seguin, canónigo de la catedral. Alto-Rin, en Colmar, Arbogasto Martin, subdirector del colegio. Bajo-Rhin, en Strasburgo, F. A. Brendel, catedrático de la universidad. Vosges, en Saint-Die, J. A. Maudru, párroco de Aidolles. Alto-Saona, en Vesoul, J. B. Flavigny, párroco de Vesoul. Cote d'Or, en Dijon, J. B. Vollius, profesor del colegio. Alto-Marne, en Langres, A. H. Wandelaincourt, profesor en Verdun. Jura, en San Claudio, F. X. Moysse, profesor en Dole.

METRÓPOLI DEL NORD-OESTE.

Ile-et-Vilaine, en Rennes, Claudio Le Coz, director del colegio de Quimper. Costas del Norte, en Saint-Brieuc, Juan Maria Jacobo, párroco de Lannebert. Finisterre, en Quimper, L. A. Expilly, rector en Morlaix. Loira-Inferior, en Nantes, Julian Minee, párroco de San Dionisio. Maine-et-Loire, en Angers, Hugo Pelletier, de la orden de Santa Genoveva, prior de Beauport. Morbihan, en Vannes, Carlos Lemasle, párroco de Herbignac. Sarthe, en Mans, J. G. R. F. Prudhomme, párroco de Mans. Mayenne, en Laval, N. G. L. Villar, doctrinario, principal del convento de la Flecha.

METRÓPOLI DEL SENA.

Sena, en Paris (a), J. B. Gobel, obispo de Lydda, sufragáneo de Basilea. Sena y Oise, en Versalles, J. J. Avoine, párroco de Gomecourt. Eure-et Loire, en Chartres, Nicolas Bonnet, párroco de Chartres. Loiret, en Orleans, L. F. A. de Jarente, antiguo obispo. Yonne, en Sens, E. C. de Lomenie, antiguo arzobispo. Aube, en Troyes, Agustin Sibille, párroco de Troyes. Sena y Marne, en Meaux, Pedro Thuin, párroco de Montereau.

METRÓPOLI DEL CENTRO.

Cher, en Bourges, P. A. Forné, doctrinario. Loir-et-Cher, en Blois, Enrique Gregoire, párroco de Embannesnil. Indre, en Chateauroux, Renato Heraudin, párroco de Chaillac. Indre et Loire, en Tours, Pedro Suzor, párroco de Ecuilly. Vienne, en Poitiers, René Le Cesve, párroco de Poitiers. Creuse, en Gueret, Antonio Hugaet, párroco de Bourgaueuf. Allier, en Moulins, F. X. Laurent, párroco de Huilleaux. Nièvre, en Nevers, Guillermo Tolle, párroco de Vandenesse.

METRÓPOLI DEL SUD-OESTE.

Girona, en Burdeos, Pedro Pacareau, canónigo de la catedral. Vendée, en Luzon, F. A. Rodrigne.

(a) Unica sede que llevaba el nombre de la ciudad de su residencia. Tambien se decia el obispo de Paris; pero en todas las demas partes el obispo llevaba el nombre del departamento.

Charenta Inferieur, en Saintes, J. E. Robinet, párroco de Saint-Juyvien. Landes, en Dax, Juan Pedro Saurine, abogado. Lot y Garonna, en Agen, Andrés Constant, dominico, profesor de teología en Burdeos. Dordogne, en Perigueux, Pedro Pontard, párroco de Sarlat. Carreze, en Tulle, J. J. Bribal, antiguo jesuita, párroco de Lapeau. Alto-Vienna, en Limoges, Leonardo Gay-Vernon, párroco de Comprégnac. Charenta, en Angulema, P. M. Joubet, párroco de San Martin. Deux-Sevres, en Saint-Maixent, J. J. Mestadier, párroco de Breuil.

METRÓPOLI DEL SUR.

Alto-Garona, en Tolosa, A. P. H. Sermet, carmelita descalzo. Gers, en Auch, P. B. Barthe, profesor de teología en Tolosa. Aude, en Narbona, G. Besaucelle, dean del cabildo de Carcasona. Tarn, en Albi, J. J. Gausserand, párroco de Riviere. Bajos Pirineos, en Oleron, B. J. B. Sanadon, benedictino, profesor en Pau. Altos Pirineos, en Tarbes, J. G. Molinier, doctrinario, rector del colegio. Aveyron, en Rodez, Claudio Debortier, párroco de La Guiole, y superior del colegio Lot, en Cahors, Juan Danglars, párroco de Cajarc. Pirineos Orientales, en Perpignan, Gabriel Deville, párroco de San Pablo de Fenouillet. Arriège, en Pamiers, Bernardo Font, párroco de Benac.

METRÓPOLI DE LAS COSTAS DEL MEDITERRÁNEO.

Bocas del Rodano, en Aix, C. B. Roux, párroco de Airagues. Corse, en Bastia, I. F. Guasco, vicario general de Mariana. Var, en Frejus, J. J. Rigouard, párroco de Solliès. Bajos Alpes, en Digne, J. B. Romé de Villeneuve, párroco de Vallensoile. Altos Alpes, en Embrun, Ignacio Cazeneuve, canónigo de Gap. Drome, en Valencia, Francisco Marbos, párroco de cerca de Valencia. Lozere, en Mende, Esteban Nogaret. Gard, en Nimes, J. B. Dumouchel, profesor del colegio de la Marche, rector de la universidad de Paris. Herault, en Beziers, Dom. Poudroux, párroco de Saint-Pons.

METRÓPOLI DEL SUD-ESTE.

Rhone y Loire, en Lyon, Adrian Lamourette, lazarista. Cantal, en Saint-Flour, A. M. Thibault, párroco de Souppes. Puy-de-Dome, en Clermont, F. S. Perier, del Oratorio, superior del colegio de Effiat. Alto-Loire, en Puy, Esteban Delcher, párroco de Brioude. Ardeche, en Viviers, Carlos Lafont de Savyms, antiguo obispo. Isera, en Grenoble, José Pouchot, párroco de Saint-Ferjus. Ain, en Belley, J. B. Royer, párroco de Chavannes. Saona y Loire, en Autun, J. B. Gouttes, párroco de Argilliers.

Le Cesve, que murió de repente el 18 de abril de 1791 en el acto de tomar posesion de su silla, fué reemplazado en Poitiers por Montault, y Charrier de la Roche, que presentó su dimision en 26 de octubre, tuvo por sucesor al abate Gratién. Antes de la época del terror se verificaron aun tres nuevas elecciones de obispos, á saber: Raimundo, nombrado para el

retractó de ellas. Despues escribió secretamente al Papa, y no tuvo ánimo para seguir los consejos que recibió. En lo sucesivo el temor le hizo dar pasos mas vergonzosos aun. Asi fué como se consumó aquel deplorable cisma, con el cual se quiso desgarrar la Iglesia, mientras se presentaba la ocasion de hacerle una guerra aun mas terrible.

Los obispos departamentales se dieron prisa á formar su clero, y por desgracia no les faltaron muchos sacerdotes que quisieran militar bajo sus banderas. Algunos de estos tal vez se dejaron arrastrar al principio por buenas intenciones; pero ó bien abandonaron cuanto antes la mala causa que habian abrazado, ó bien no tuvieron ya ninguna disculpa, cuando vieron claramente que el Soberano Pontífice se unia á los obispos de Francia para proseribir las novedades de la constitucion civil del clero.

Hubiérase querido poner en duda la autenticidad de los diferentes breves enviados por Pio VI durante el curso de la revolucion. Se pretendia haber sido fabricados por los realistas para alimentar la discordia y atizar el fanatismo, y la principal prueba que se daba de esto es que dichos breves no eran dirigidos oficialmente á ninguna de las autoridades constituidas; pero ¿cómo era posible que el Papa se dirigiese á unas autoridades con quienes no tenia ninguna relacion; que le disputaban todos sus derechos, y que la mayor parte no debian su elevacion sino al odio que habian manifestado contra la Iglesia romana?

obispado de Isere, que murió en Grenoble en 28 de agosto de 1792; Rovere, que fué nombrado obispo de Vaucluse, despues que se apoderaron del Condado; y Panisset, que fué electo obispo de Mont-Blanc, cuando los franceses ocuparon la Saboya. Es de notar que no se esprió ningun decreto para crear un obispado en Mont-Blanc. Habiendo pasado Gregoire en comision á este pais, destituyó por su propia autoridad á los obispos de Saboya é hizo nombrar á Panisset. Quiso tambien establecer la iglesia constitucional en Niza; pero no pudo conseguirlo.

El Papa no podia dirigir sus breves mas que á los obispos que habian permanecido fieles á la fé; y estos son los que los recibieron y publicaron, reconociendo la tradicion antigua y la verdadera doctrina de los Apostoles en los principios que contenian. Verdad es que algunos obispos cismáticos é intrusos publicaron falsos breves con que trataron de apoyar su causa, y acaso este fraude ha sido el motivo de que algunos hombres superficiales, que nada examinan, hayan concebido dudas acerca de la autenticidad de los breves verdaderos; pero es fácil distinguir estos en una porcion de senales que no son nada equívocas.

El breve de 10 de marzo de 1791 fué especialmente dirigido á los obispos diputados en la asamblea nacional. El Romano Pontífice discute en él muchos artículos de la constitucion civil del clero. Responde á los que pretendian que la asamblea tenia derecho de decretar ó legislar sobre disciplina, como si esta fuese susceptible de innovaciones. Muchos de los nuevos artículos, dice, se separan de lo que la fé enseña. Esa libertad absoluta que se proclama y exagera; esa doctrina que ya no ve en el soberano al ministro de Dios mismo, esa substraccion formal á la autoridad de la Santa Sede, ¿no son por ventura contrarias á los principios de la Iglesia católica? Además, la disciplina tiene frecuentemente un íntimo enlace con el dogma. Ella contribuye á conservar su pureza, y en mas de una ocasion se ha visto á los concilios pronunciar censuras contra personas que solo eran culpables de infracciones de la disciplina. El Concilio de Trento ofrece varios ejemplos de esto. Asi es que en su sesion vigésima cuarta anatematizó á los que se atrevieran á sostener que la Iglesia no tenia el poder de establecer impedimentos dirimentes del matrimonio, ó que al establecerlos se habia engañado. El Papa declara tambien que las alteraciones é innovaciones introducidas por la asamblea en la disciplina eclesiástica destruian los principales